

AQUELLA NOCHE DE *San Valentín*



Ondrea Lion

Primera Edición:

Caracas, febrero, 2023

Aquellas Noches de San Valentín, 2023

Registro de Propiedad Intelectual

SC 2302143502631

Diseño de portada:

[Ondrea Lion](#)

[Joel Da Silva](#)

Montaje y Diagramación:

Ondrea Lion

ondrealion.blogspot.com

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio, sin autorización escrita
del autor.

Índice

[Parte 1](#)

[Parte 2](#)

[Parte 3](#)

[Parte 4](#)

[Parte 5](#)

[¿Te gustó?](#)

Parte 1

No me sentía cómoda, como si algo estuviera fuera de su lugar y no lograra identificar qué era.

Mi vida no había cambiado mucho desde que me mudé al pequeño y acogedor pueblo de California llamado Carmel-by-the-Sea, y era exactamente cómo había imaginado que sería: un lugar feliz lejos de los constantes juicios de mi familia —que amaba con locura, pero me volvían loca—, y viviendo cada día haciendo todo lo que me gustaba, convenciéndome a mí misma de que era toda una «rebelde de alma libre».

Me gustaba mi trabajo; ser gerente del Carriage House Inn no solo me permitía mantenerme ocupada en cada segundo de mi horario laboral —porque siempre había algo que atender y gente nueva que conocer—, sino que también podía utilizar mi tiempo libre surfeando, montando bicicleta, leyendo mis adictivas novelas de crimen y misterio, y resolviendo pequeños acertijos al creermé toda una Enola Holmes alcanzando los treinta.

Aquel domingo tanto mi madre como mis hermanas me llamaron, como siempre lo hacían un par de días antes de San Valentín, para señalarme, una vez más, que no me estaba haciendo joven y que no iba a tener hijos si no me apresuraba.

Sí, esa era la clase de familia que tenía, una que pensaba que la función principal de una mujer era casarse, tener hijos y atenderlos. Su manera de pensar era digna de una serie de televisión machista de los años sesenta.

No comprendían, ni respetaban, que amara mi vida solitaria, que no me importara no tener suerte en el amor, que disfrutaba mi empleo, y que, trabajar el «día de los enamorados» no significaba lo mismo para mí que para ellas.

Seamos sinceros, el catorce de febrero es una excusa para gastar dinero en tonterías cursis y pretender que los problemas en las relaciones no existen. Una fecha para que las mujeres exijan atenciones que no reciben los otros trescientos sesenta y un días del año —asumiendo que las reciben el día de su cumpleaños, aniversario y Navidad—, o los otros trescientos sesenta y dos días en caso de que sea un año bisiesto.

Sí, sí, sí. Siempre estuve consciente de que sufría de una especie de «síndrome de cinismo», pero la verdad era que las apariencias sin sustancia siempre me produjeron alergia, y las ambiciones corporativas que inventan necesidades en ciertas fechas para hacer gastar dinero a las personas —que al día siguiente se comportarán igual de distantes, patanes o cómo sea que actúen cuando no están «celebrando» alguna festividad—, me causaban cierto rechazo. Aunque siendo honesta podía disfrutarlas de igual manera cuando no se sentían como una imposición, ¿ya

comenté que me convencía de ser una «rebelde de alma libre»?

En fin, me encontraba recapitulando cada una de mis tareas de aquel domingo para intentar comprender por qué demonios sentía que algo estaba mal, sabiendo que no se me había pasado nada por alto.

Cada uno de mis huéspedes tenía sus necesidades cubiertas, había supervisado que Fabiana confirmara y garantizara el cupo de cada una de las actividades solicitadas, y casi todos habían partido a sus destinos.

Los Moore se habían ido a jugar golf, los Sanderson estaban paseando en bicicletas eléctricas, los González estaban haciendo un tour gastronómico por el pueblo con la esperanza de, quizás, encontrarse con nuestro antiguo alcalde, Clint Eastwood. Por su parte, los Roberts se marcharon a la playa, y mi pareja favorita, la compuesta por Aria Adessi y su novio Carter, habían aceptado mi recomendación de ir a una cata de vino personalizada que muchos clientes aseguraban que era de lo más romántica.

Sonreí al recordar a Aria, no solo porque nos caímos bien desde el momento que cruzamos palabras por primera vez por teléfono, sino porque fue al Carriage House Inn exclusivamente a experimentar el servicio personalmente para modernizar nuestra página web que, a mi parecer, era simplona y obsoleta.

De pronto pude comprender el motivo por el que mi madre y hermanas se alarmaran de que ocupara «el día más romántico del año» viendo a otras parejas haciendo planes, o más bien, organizando los planes por ellos, pero la realidad era, que ya yo había aceptado que no era fácil conseguir alguien que me aceptara tal cual era, y que disfrutaba ser testigo del amor de otros.

En el caso de Aria, recientemente se había reconciliado con Carter, su novio de secundaria, y estaban en esa etapa donde no pueden dejar de tocarse, ni dejar de sonreír, y eso me encantaba. Nunca me había irritado la felicidad de otros, más bien me alimentaba de eso, sin embargo, nunca conseguí que mi familia lo comprendiera.

Falso, no toda mi familia.

Mi papá siempre me aceptó sin condiciones, apoyaba mi mente intranquila sugiriendo, y acompañándome, a participar en actividades que horrorizaban a mi madre, como por ejemplo, cuando dije que quería aprender el sistema de lucha conocida como Krav Magá.

Mi padre, un oficial de policía que soñó con tener un varón, pero nunca se lamentó de haber concebido tres hijas, se regocijaba con mis constantes intentos de practicar de deportes o actividades al aire libre que su esposa consideraba «masculinas», así como con mi creciente curiosidad por conocer cosas relacionadas con su trabajo.

Durante mi adolescencia, cuando más disfrutaba mis lecciones de Krav Magá, tanto él como yo creímos que me dedicaría a ser un agente del FBI, de la armada o de la policía, pero mi rechazo a las imposiciones me hacía poco apta para seguir órdenes por lo que supimos que

fracasaría y terminaría siendo despedida, o enjuiciada, por insubordinación o algo así.

Fue una suerte del destino que una de mis tías, que tenía una pequeña posada en Sausalito, me solicitara ayuda un verano cuando era adolescente y así descubriera que me encantaba servir al público. A pesar de que debía recibir órdenes de ella, mi atención a los detalles me regaló su confianza para tomar iniciativas y resolver problemas sin necesitar supervisión. Descifraba las razones de cualquier inconveniente y aportaba soluciones a corto, mediano y largo plazo, lo que me hizo darme cuenta de que había encontrado mi vocación.

Por esa razón estudié Administración de Hospitalidad y Turismo, y aguanté unos cuantos jefes incompetentes hasta que me ofrecieron la gerencia del Carriage House Inn en la pequeña ciudad costera llamada Carmel-by-the-Sea, la cual acepté de inmediato, no solo por la oportunidad de ser una figura de autoridad en un campo que me gustaba, sino porque el pueblo, que parecía haber sido sacado de un cuento de hadas, me permitiría practicar actividades al aire libre cerca de la naturaleza, y además, podría mantenerme lejos de los prejuicios de las mujeres que más amaba en mi vida, pero que si les daba la oportunidad, me casarían y obligarían a tener quinientos hijos.

Sabía que mi naturaleza inquieta me empujaría a buscar una nueva locación en cualquier momento, pero mientras tanto, Carmel-by-the-Sea era el paraíso para mí.

Supe que estaba divagando dentro de mi cabeza y preferí ocupar mis pensamientos en cosas más productivas, lo que sea que me estaba incomodando no era algo evidente, pero si me mantenía ocupada y en movimiento, lo más probable era que lo descifrara, así que, llenando mi taza roja favorita del líquido mágico y glorioso conocido como café, decidí dar un recorrido por los alrededores de la posada para despejar mi mente.

El brebaje se encontraba tal y como me gustaba, negro, sin azúcar y bien caliente, suspiré tras el primer sorbo, y me dirigí hacia las afueras cuando mis pies dejaron de reaccionar al notar la presencia de la única persona que podía dejar mi mente en blanco.

Jack Johnson, el misterioso huésped instalado en una de nuestras mejores suites desde hacía casi un mes, cruzaba la zona de aparcamiento para irse quién sabía a donde. Lo contemplé durante unos segundos ensimismada. Era muy alto y fornido, hermoso. Tenía cabellos castaños y unos ojos azules como el mar cristalino. Su manera de caminar, su postura y su aspecto, no solo mostraban que se ejercitaba, sino que parecía tener algún tipo de entrenamiento militar.

Era silente y escurridizo. Perfecto. Todo un Capitán América y quizás el sueño de muchas mujeres. Por lo menos a mí me quitaba la capacidad de pensar, algo que nadie jamás lograba.

Estaba segura de que era una especie de espía trabajando en algo ultrasecreto o se escondía de alguien. Nuestro pequeño pueblo era el lugar ideal para ello, nadie sospecharía de su presencia ahí ya que se mezclaba entre los turistas fácilmente, algo que sabía hacer muy bien, ya que coincidía con él en muchas partes: en donde compraba mi café, dónde comía, y en las playas

y áreas donde surfeaba y montaba bicicleta.

Aunque era muy amable conmigo cuando intercambiábamos saludos cordiales, o me solicitaba alguna petición en la posada, no sabía absolutamente nada de él más que las cosas que asumía o sospechaba.

Siempre cargaba un pequeño maletín delgado que, según mi apreciación, debía contener una laptop. ¿Nada extraño verdad? Muchos viajan con aparatos electrónicos para continuar trabajando o mantenerse comunicados, pero su actitud cautelosa era lo que me hacía suponer que había algo extraño en él.

Jack desapareció de mi vista y mis piernas volvieron a reaccionar, tuve que exigirles que se mantuvieran dentro de los confines de la posada porque las muy coquetas pretendían seguirlo.

«¡Desvergonzadas! ¡Es un cliente! ¡Respeten!», les reproché.

Luego continué trabajando como cualquier otro domingo, pero la sensación de que algo iba a mal no desapareció el resto del día, y eso no me detuvo de desempeñar mis labores al cien por ciento.

Cerca de las cinco de la tarde, Andrew Abbott se apareció en la recepción con un ramo de rosas. El famoso chef de un restaurante local creía estar enamorado de mí, y llegó con las intenciones de pedirme una cita para el Día de San Valentín.

—Gracias por las flores, Andrew —le dije—. Pero debo trabajar ese día.

—Yo también, pero podemos desayunar o salir tarde en la noche.

No me gustaba rechazar a la gente, y Andrew no paraba de insistir, quizás debía salir con él para demostrarle que no había química entre nosotros, así que dudé durante unos segundos antes de acceder.

—Tendríamos que desayunar bien temprano, debo estar aquí a las nueve de la mañana.

—¿Qué te parece si recibimos el amanecer en la playa con un picnic? —preguntó esperanzado y con los ojos brillantes.

Su entusiasmo me hizo sentir como una pequeña larva malvada, no era justo para él hacerle creer que había esperanza de una relación entre nosotros.

Estuve a punto de negarme cuando escuché a Laura, la recepcionista, pronunciar el nombre del nuestro huésped más sexi con exagerada civilidad. Yo no era la única hipnotizada por sus encantos. Me giré para encontrarme con sus profundos ojos azules clavados en mí de manera inquisitoria, no lo había escuchado entrar, Jack era como un ninja que siempre aparecía sigilosamente sorprendiéndonos.

—Señor Johnson, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Laura.

—Buenas tardes, si no es mucha molestia, necesito un poco más de café en mi habitación.

Su voz provocó cosquilleos en mi estómago. El hombre no apartó la mirada de mi rostro a pesar de que no era a mí a quien se dirigía. Andrew se apresuró a captar mi atención de nuevo.

—Te paso recogiendo a las seis de la mañana —dijo para luego colar un tono juguetón al agregar—: Me iré para planificar el mejor menú que se me pueda ocurrir.

No respondí nada, la presencia de Jack me aturdió. Desapareció antes de que yo pudiera reaccionar a las palabras de Andrew que se marchó con una sonrisa en el rostro por haber tenido éxito en su visita.

No comprendí por qué me irritó tanto que el supuesto espía/prófugo/ninja hubiera escuchado mi conversación con el chef, pero no podía hacer nada al respecto.

Bien entrada la noche, cuando me dirigía a casa con la sensación de que algo estaba mal profundizándose en mis entrañas, una mujer sonriente, que me pareció aterradora, se acercó a mí llamándome por mi nombre:

—¿Isabel Infante?

—¿Sí?

Un dolor intenso en la parte de atrás de mi cabeza me hizo perder el conocimiento.

Parte 2

Cuando mi mente reaccionó, se encontraba nublada como si tuviera la peor de las resacas, y el dolor que sentía en mi cabeza era intenso e insoportable. Traté de abrir los ojos para descifrar dónde estaba, pero algo me lo impedía, era como si no tuviera control sobre mi cuerpo. Entonces comprendí que había sido drogada.

Unas voces que solo podían provenir de la habitación adyacente me motivaron a obligarme a concentrarme para poderlas escucharla con mayor lucidez. Hablaban en español con un acento mexicano bien marcado.

—¿Estás segura de que vendrá por ella?

—No lo puede evitar, su complejo de héroe le hará sentirse responsable —respondió una mujer.

—No lo sé, no parece que le interese nadie. Es decir, sí, está bien, tuvo lealtad hacia los compañeros de su unidad, pero ¿quién carajos es esta vieja? —habló una tercera voz.

—Nadie, pero le obviamente le interesa por algún motivo, coinciden en los mismos lugares y parece gravitar hacia ella. No he podido descifrar la relación, quizás simplemente le gusta —replicó la mujer.

—No utilices palabras que nadie entiende, ¿qué es eso de gravitar? —dijo la primera voz.

La mujer soltó un resoplido impaciente y una cuarta voz se escuchó un poco más lejos, como si estuviera llegando en ese momento.

—La gente de *Matagatos* y *Cachete e' perro* ya está posicionada afuera, sabremos cuando se acerque.

—¿Por qué no lo agarramos en la calle? ¿Por qué tuvimos que raptar a esta vieja que no sabemos ni quién es? —preguntó la tercera voz.

El resto de las voces se solaparon, y solo pude entender que *No One* (Nadie) era experto en neutralizar a sus contrincantes, y que tener un rehén era la opción más viable para capturarlo y coaccionarlo.

¿De quién demonios hablaban y qué tenía yo qué ver con él? Quise gritar, pero mi cuerpo seguía sin reaccionar, el dolor de cabeza aumentaba y mi estómago se encontraba revuelto, tenía náuseas y ganas de vomitar, pero mis extremidades se mantenían inertes, paralizadas.

Pude sentir mi piel cubierta de sudor. Me encontraba en el suelo y podía sentir el sol inclemente a través de lo que supuse era una ventana. El calor era infernal y la sed reseca la garganta. Mi cuerpo comenzó a reaccionar y pude comprender que estaba atada de manos y pies, y que tanto mi boca como mis ojos estaban cubiertos por unas telas malolientes.

Comencé a retorcerme e intentar gritar cuando escuché cómo abrían una puerta cerca de mí.
—¡Eh! —gritó la tercera voz—. La vieja se despertó.

Sentí una mano sobre mí y me sacudí asqueada, intenté gritar, pero la mordaza amortiguaba mi voz.

—No sirve de nada gritar, pocha, nadie te va a escuchar.

Me retorcí aún más sintiendo cómo los esfuerzos de mis gritos me hacían daño en la garganta.

—¿Qué dices, necia? —preguntó la mujer quitando mi mordaza.

—Agua —dije con una voz que no reconocí. La resequedad de mi boca la distorsionó por completo.

Lamenté tener que agradecerlo, pero el líquido frío, con un sabor a plástico, me alivió agradablemente.

—¿Qué hago aquí? —pregunté al terminar de beber—. ¿Quiénes son ustedes?

Sentí como la tela cubrió de nuevo mis labios y una vez más me encontré sola.

Los segundos transcurrieron lentamente y mi desesperación aumentaba, ¿por qué estaba ahí? ¿Qué esperaban? Mi familia no tenía dinero, por lo menos no lo suficiente para pagar una recompensa, así que un secuestro estaba más que descartado.

Además, ¿quién demonios era *No One* y qué tenía que ver conmigo? De pronto tuve una especie de revelación: ¿acaso se referían a Jack? ¿Era él quien gravitaba hacia mí? No tenía sentido considerando que casi no hablábamos, pero, en caso de que tuvieran razón, y yo le atraía de algún modo, estaba demasiado asustada como para sentirme halagada.

No sabía que sustancia habían metido en mi cuerpo para que me sintiera de la manera que me sentí cuando desperté, pero era obvio que su efecto estaba pasando, y con mi mente un poco más clara, comencé a recordar que mi padre me había entrenado para momentos como este y debía trazar un plan.

Con paciencia y lentitud analicé mis amarres para conseguir una manera de zafarme. Debía ser paciente y silenciosa para no ser descubierta, estaba consciente de que llegado el momento me iban a matar sin soltarme, y necesitaba mis brazos y piernas libres para utilizar mis antiguos conocimientos de Krav Magá.

Mientras las horas pasaban y el día refrescaba, repasé cada uno de los movimientos aprendidos que podía recordar mientras poco a poco iba zafándome de las bridas que me mantenían inmovilizada.

De vez en cuando abrían la puerta y yo pretendía estar dormida, afortunadamente el sonido de sus pasos sobre la madera y el chirrido de la puerta me daban el tiempo suficiente para aparentar encontrarme siempre en la misma posición sumisa.

A pesar de la tela sobre mis ojos, pude notar el cambio de iluminación, se estaba haciendo

de noche y las conversaciones en el exterior se estaban caldeando. Podía sentir la desesperación.

—¡Sabía que esta vieja no era nadie para él! —gritó de pronto la tercera voz.

—Tranquilízate, *Ojos Muertos*. No *One* vendrá, tenemos que estar atentos, aparecerá cuando menos los esperamos, esa es su manera de actuar —replicó la mujer.

—¡Ni siquiera sabemos si recibió la nota! —protestó de nuevo el hombre.

—La recibió, créeme, no importa que esté en el mismo lugar. La leyó y nos está haciendo creer que no lo hizo —insistió la mujer.

—No sabes lo que dices, perra. El güero entregará el cachivache al gobierno gringo y el jefe nos va a quebrar.

Una trifulca me indicó que a la mujer no le agradó mucho la manera cómo se dirigió a ella, y la primera voz, luego de gritar con muchos insultos que se detuvieran, ordenó de forma incuestionable:

—¡Afuera! *Ojos Muertos*, dile a Cachete e' perro que cambie puestos contigo.

El hombre masculló protestas entre dientes, pero pude escuchar cómo salió y unos minutos después entró otra persona en su lugar.

Pensé que me iba a desmayar del alivio cuando pude notar que finalmente pude liberarme de la brida de mis muñecas, estaba sangrando y me hice mucho daño, pero silentemente utilicé mis manos para liberar mis tobillos. En todo momento intenté mantener la posición inicial para que en caso de que entraran pensarán que seguía dormida.

De pronto sentí una presencia en la habitación, y me pregunté si mis facultades estaban fallando porque nadie se había acercado a la habitación, ni habían abierto la puerta. El terror que sentí casi me paralizó, pero no podía esperar a sentir un balazo para reaccionar y tenía que hacer algo para salvarme.

Mi mente procesó todo velozmente. Al tiempo que sentí la brisa de la ventana abierta, lo que me indicó que alguien había entrado por ahí, me preparé para luchar así que con un movimiento rápido retiré la tela de mis ojos.

Mis cejas casi llegaron a la línea de mi cabello por la sorpresa cuando descubrí que Jack estaba en la habitación, y que con un dedo sobre sus labios, solicitó silencio.

Asentí sin dudarlo levantándome lentamente, y pude notar algo, que parecía asombro, en los ojos de mi acompañante cuando descubrió que me había liberado por mí misma.

—Tiene mucho tiempo callada, revisa que no haya estirado la pata —dijo la mujer en la habitación adyacente.

—¿Cómo va a estirar la pata? ¿Ahogándose con su saliva? —replicó la primera voz de manera burlona mientras escuchaba sus pasos acercándose.

Jack y yo supimos que no nos daría tiempo de escabullirnos por la ventaba antes de que abriera la puerta, así que corrió hacia la dirección del hombre para agarrarlo desprevenido.

Quien haya visto una película de acción creería que es imposible que alguien sea capaz de moverse con una destreza sobrehumana, pero, aunque sabía que Jack no era una persona con superpoderes, era evidente que tenía un entrenamiento de ataque y defensa increíble.

La mujer, la misma que me llamó por mi nombre la noche anterior, corrió hacia nosotros, los tres hombres que la acompañaban siguieron sus pasos, gritaban para alertar a quienes fueran que se encontraban a las afueras, pero el enfoque de Jack hacia ellos, y nada más, me hizo suponer que ya habían sido neutralizados de alguna manera. Me ericé al imaginar que probablemente estaban muertos.

La segunda voz, que pertenecía a un hombre fornido de baja estatura con piel y cabellos oscuros, se encontró de pronto en el suelo sin conocimiento, no supe si Jack le había partido el cuello o solo lo desmayó, solo que lo dejó caer para ocuparse del resto de los atacantes.

—¡No lo maten! ¡Lo necesitamos vivo! —gritó la mujer, y sus palabras hicieron que me fijara en los fusiles de asalto que los hombres portaban.

Mi acompañante era veloz y efectivo, pero no soportaba ver cómo recibía algunos golpes mientras peleaba con varios a la vez. Mi cuerpo se encendió como una bombilla de alta potencia señalándome que estaba preparada para intervenir... y lo hice.

Corrí hacia la trifulca y me abalancé sobre la mujer para hacerle una llave y tirarla al suelo, luego le propiné un golpe certero en el cuello que la dejó inconsciente.

La adrenalina bombeaba por mis venas, me sentía viva y mucho más que capaz para neutralizar a cualquiera, la voz de mi padre llegó a mi mente recordándome que lo importante no era ser la más grande ni la más fuerte, sino la más veloz y consciente de dónde debía dirigirse cada extremidad de mi cuerpo antes de que la otra persona pudiera reaccionar.

Me sorprendió lo fácil que se me hizo noquear a uno de los hombres mientras Jack se ocupó de los otros. Los cuerpos nos rodearon, vivos, pero sin conciencia.

Mi acompañante se apresuró a arrastrarlos por los suelos para reunirlos y amarrarlos. Vi cómo sacó una especie de radio de la parte de atrás de su cinturón, y avisó, a quién sabía quién, que los objetivos estaban fuera de combate y que se apresuraran a apresarlos.

—La chica se queda conmigo —finalizó guindado de nuevo el aparato en su lugar en la cintura.

—¿Qué? —pude decir confundida a pesar de mi respiración acelerada y la tormenta de pensamientos dentro de mi cabeza que no me permitían enfocarme tranquilamente.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dijo tomando mi mano para halarme hacia las afueras.

Su contacto produjo cosas deliciosas en mi cuerpo que no debía sentir en ese momento, pero no pude evitarlo, me sentí segura y excitada, mis orejas palpitaban y mi corazón galopaba con fuerza dentro de mi pecho.

Descubrí que me encontraba en una cabaña en medio del bosque cercano al pueblo, y que Jack nos encaminaba hacia los árboles en vez de por el camino de tierra frente a la edificación.

—¿Y los demás? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Muertos?

—No nos conviene que muera nadie, supongo que quieres una vida normal después de esto —replicó sin soltar su agarre mientras me guiaba entre la maleza y raíces sobresalientes.

—¿Qué? —pregunté sobresaltada.

¿Una vida normal después de esto? ¿Seguía en peligro? ¿Qué demonios estaba pasando? No podía procesar bien mis pensamientos, mi cuerpo comenzó a adormecerse, sabía que estaba entrando en un estado de shock, pero Jack, que no me daba las explicaciones que tanto quería, me dijo dándome un apretón con sus dedos entre los míos:

—Falta poco, sé fuerte.

Luché contra el entumecimiento de mis piernas que decidieron hacerse las difíciles y complicarme la vida cuando más las necesitaba, mis pasos eran torpes, pero Jack fue paciente y me daba palabras de ánimo para alentarme a continuar. Lo oí mascullar algo parecido a que me cargaría si no fuera porque el terreno dificultaría aún más nuestros movimientos, y me horroricé al imaginarme como una damisela en peligro que debía ser asistida por un hombre grandote y fuerte. Eso fue todo lo que necesité para avisarme un poco y apresurar mis zancadas.

Pocos minutos después vi luces artificiales, y reconocí la calle a donde llegamos. Mi acompañante me hizo un gesto para que hiciera silencio e imitara sus pasos, y obedecí asustada ante la idea de que en cualquier momento alguien saltaría sobre nosotros para volverme a secuestrar.

Jack se acercó al vehículo de la señora Parks, la dulce anciana dueña de una de las pastelerías locales, y me escandalicé al ver que me hacía señas para que me metiera en el asiento del copiloto.

—No podemos robarle el auto a Alice Parks —susurré entre dientes.

—Mañana mismo lo tendrá de vuelta —señaló Jack obligándome a montarme.

Entonces vi cómo con movimientos ágiles desprendió una pieza del salpicadero, sacó unos cables, y encendió el vehículo. Minutos después, a gran velocidad, me percaté que nos dirigíamos al Aeropuerto Regional de Monterey.

—¿A dónde vamos? —curioseé con una voz extraña, todavía no me sentía yo misma.

—Cerca, pero primero hay que hacerles creer que abordamos un avión.

—¿Abordamos? —chillé.

—Siento mucho esto, Isabel, de verdad. Pero no estás a salvo. Bueno, lo estás si sigues a mi lado, pero no estarás a salvo si regresas a tu vida ahora. Pronto acabará todo, tendrás que quedarte conmigo unas horas más.

—¿Unas horas?

«Un momento, ¿mi pregunta sonó a decepción? ¿Quiero pasar más que unas horas con él?», me pregunté abochornada por cada una de las reacciones que estaba teniendo ante su presencia.

—Lo siento, unos códigos más y estará listo —añadió.

—¿De qué demonios hablas? ¡Mañana tengo que trabajar!

No tenía sentido que pensara en mi trabajo en ese instante, pero mi mente no estaba siendo la más lúcida en esos momentos.

El auto dio un giro inesperado por la velocidad y mi trasero rodó hacia él. De pronto caí en cuenta de que mi vida corría peligro y que era una tontería preocuparme por mi rutina cotidiana en esos momentos; aunque no podía evitarlo, porque muchas personas dependían de mí.

—Prometo que te diré todo, pero primero debemos resguardarnos —afirmó sin dejar de ver la carretera.

Decidí guardar silencio al percibir el tono apremiante en su voz.

Por supuesto que quería saber qué demonios pasaba, era evidente que mis secuestradores me utilizaron para llegar a él y eso solo aumentó mi curiosidad. Jack prácticamente ni me hablaba, ¿por qué asumieron que estaba interesado en mí? Tal vez era una tontería presumir que lo estaba, quizás simplemente habló más conmigo que con los demás y eso les hizo creer que había un interés inexistente. Entonces resoplé impaciente.

Pocos minutos después mi acompañante aparcó el auto y sus largas zancadas me hicieron correr tras de él para introducirnos en el bosque del Parque Jacks Peak.

Las irritaciones en mi piel me hicieron percatarme de que estaba siendo cortada por las ramas de la vegetación, pero no pronuncié ni una sola queja. Nos movilizamos rápidamente en zigzag durante varios minutos hasta que llegamos a unos arbustos que Jack movió para dejar ver una escotilla, que al abrirse, guiaba hacia las profundidades de la tierra.

—¿Qué es eso? ¿A dónde vamos? —pregunté con voz temblorosa.

—Un lugar seguro que nadie conoce, ni siquiera las personas en las que más confío. Estaremos a salvo aquí.

Dudé por unos segundos, por lo que mi acompañante se apresuró a decir:

—Confía en mí, por favor.

En teoría no tenía ningún motivo para confiar en él.

Sí, me había salvado de unos secuestradores, pero me habían raptado por su culpa y hasta los momentos no me había dado ninguna explicación.

Sin embargo, todos mis instintos me decían que en realidad sí deseaba protegerme, y en contra de todas las enseñanzas de mi padre, di un paso adelante y bajé los escalones de un túnel vertical de concreto rodeado de oscuridad.

No supe cuántos metros bajo tierra me encontré segundos después, pero la iluminación era deslumbrante, y aquel lugar parecía un gigante camarote de una nave espacial.

Varias paredes estaban cubiertas de libros, había una cocina con nevera y todo tipo de accesorios. Una esquina tenía muchas pantallas y varios teclados. También había una pequeña sala de estar y una amplia cama cerca de una puerta que supuse que era un sanitario.

Me encontraba admirando la decoración en tonalidades blancas, grises y negras cuando sentí a Jack a mi lado.

—¡Guao! —fue lo único que pude balbucear.

Mi acompañante se dirigió a la puerta cerca de la cama para abrirla, y así confirmarme que era exactamente lo que había supuesto.

—Si quieres refrescarte, aquí puedes hacerlo, hay que curar tus heridas.

—Teniendo un lugar así, ¿por qué te hospedabas con nosotros? —dije ignorando sus palabras, porque era evidente que si no se hubiera hospedado en Carriage House Inn nada de aquello hubiera pasado.

—No puedo quedarme mucho tiempo en lugar encerrado, me da... ansiedad.

«Mmm... ¿*Jackcito* tiene una debilidad? ¿Es medio claustrofóbico?», me pregunté con curiosidad. Hasta esos momentos pensaba que era invenciblemente perfecto.

—Jamás me hubiera imaginado que existía algo así en el parque, ¿te tomó muchos años construirlo?

—Me ha tomado varios años construir mis... escondites.

—¿Tienes varios? —curioseé.

—Tampoco puedo quedarme mucho tiempo en el mismo lugar —confesó.

—Te entiendo —admití porque de alguna manera me sentí identificada. Por lo visto Jack se parecía a mí en ese sentido—. ¿Cómo lograste construirlo sin que las autoridades forestales se dieran cuenta?

—Astucia, dinero, y mucha paciencia.

—Entiendo —repliqué admirando cada nuevo detalle que descubría.

Jack, dejando la puerta abierta del cuarto de baño; luego se dirigió a su cómoda de donde extrajo una remera blanca y un chándal gris.

—Lamento no tener nada de tu talla —dijo entre dientes extendiéndome las prendas.

Sentí vergüenza en su voz, y me complació ver esa faceta que demostraba que tenía algún tipo de emoción más allá de su seriedad. Acepté la ropa mordiéndome la lengua, necesitaba explicaciones, pero estaba hecha un desastre y necesitaba una ducha con urgencia. Entonces Jack me señaló un gabinete que contenía un kit de primeros auxilios y le agradecí con un gesto.

Me encontraba un poco débil, no solo por la terrible experiencia, sino también porque no había comido nada desde la noche anterior.

Admiré el sanitario durante unos segundos, era amplio y muy bien acondicionado. La bañera era grande y estaba rodeada por unos paneles de vidrio. Ahí me instalé durante un rato

mientras me desprendía de la mugre y el horror vivido.

Rodeada de vapor metí la ropa en el lavamanos para lavarla un poco, el uniforme del trabajo estaba insalvable por las roturas, pero podía vestirlo cuando se secara al igual que mi ropa interior que sorprendentemente estaba intacta, sucia, pero intacta. Eso me alegró porque supuse que antes de irme debía devolverle lo que me había prestado y tenía que ponerme algo. Luego me dispuse a curar mis heridas, las más profundas eran las de las muñecas, y las cubrí con unas vendas luego de limpiar las otras.

Cuando salí me fijé que había un emparedado gigante y un vaso de gaseosa junto a la cama, y que Jack se encontraba frente a los monitores mientras sus dedos danzaban ágilmente sobre un teclado. Letras verdes sobre fondos negros mostraban códigos que no tuve ni la más mínima idea qué significaban.

—Gracias, estoy hambrienta —dije mientras le hiqué el diente al suave pan.

Él también había preparado lo mismo para él, y ambos comimos en silencio. Cuando terminé, ordené mis pensamientos antes de hablar:

—Ya nos resguardamos, ¿ahora sí me puedes contar todo?

Jack guardó silencio durante unos segundos sin dejar de teclear y sin mirarme, entonces me dijo sin detener lo que estaba haciendo:

—Te lo contaré todo, pero debo terminar esto, falta poco. Luego tendrás tus respuestas y serás libre. ¿Conseguiste todo lo que necesitabas? ¿Atendiste tus heridas? ¿Te encuentras bien?

—No —repliqué con firmeza ignorando sus preguntas—. Necesito una explicación.

Jack detuvo sus manos y giró su asiento.

—La gente que te secuestró quiere el programa de decodificación que estoy a punto de finiquitar. Unas horas más y dedicaré mi atención a darte las respuestas que buscas y mereces. Lo prometo y yo soy un hombre de palabra —dijo escaneando mis vendas, analizando cada extremidad de mi cuerpo como si estuviera asegurándose de que había atendido todas mis heridas. Eso provocó que me ruborizara.

Pero entonces sus palabras calaron en mí, quise protestar, pero la verdad era que no comprendía la complejidad del asunto, si lo que estaba haciendo puso en riesgo mi vida significaba que era muy importante. Así que asentí cruzándome de brazos.

—Descansa un poco —añadió—. Mañana acabará todo.

Pensé que sería imposible descansar considerando que estaba demasiado alterada, pero en el momento que puse mi rostro sobre la almohada, sin arroparme, caí en un sueño profundo.

Parte 3

Cuando abrí los ojos olvidé donde estaba por un momento, pero entonces la cesta, las rosas y la caja de bombones de chocolates junto a mí en la cama, me hicieron brincar como un resorte.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté alterada.

Los objetos no tenían ningún sentido considerando las circunstancias, y necesité asegurarme de que realmente estaba despierta.

Jack se mantenía frente a los monitores, pero al escuchar mi voz se giró de inmediato.

—Lamento mucho que hayas perdido tu cita, sé que esto no lo compensa, pero por lo menos recibirás lo que tenían planeado para ti —explicó, y pude percibir cierta vulnerabilidad en su voz.

Me sentí complacida de nuevo al notar algo distinto a su impasibilidad, pero entonces sus palabras me revolvieron mi cabeza.

—¿Qué le hiciste a Andrew? Dudo que te haya dado esto voluntariamente.

—No le hice nada. Esta mañana puso las cosas en el auto y se devolvió a buscar algo a su casa. Nunca sabrá cómo desaparecieron... a menos que quieras decírselo —explicó devolviendo su atención a los monitores.

—No tengo nada que decirle, hubiera cancelado la cita si no me hubieras distraído con tus habilidades de ninja.

El silencio nos rodeó, una vez más Jack detuvo el movimiento de sus dedos y se giró lentamente.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó.

—¡Ah! ¿Quieres una explicación? —repliqué sonriendo complacida al cruzarme de brazos. Entonces lo reté—: Cuando tenga mis respuestas, tú tendrás las tuyas.

La comisura de sus labios se alzó un poco en algo que interpreté como una sonrisa. ¡Dios! ¡Qué hermoso era! Apreté mis puños para contener el impulso de levantarme para tocar su rostro.

—Trato hecho —dijo girándose de nuevo, y al reanudar el tecleo, dijo—: Deberías comer, se ve delicioso.

Abrí la cesta por curiosidad, era gigante y estaba abarrotada de comida. Había champaña y jugo de naranja, copas, platos y una gran variedad de platillos además de diferentes tipos de queso, frutas, embutidos, panes y galletas. De aquella cesta podían comer fácilmente diez personas.

—Prefiero esperar por ti. No me harás comer sola, ¿verdad?

Sentí que hizo una pausa en el teclado antes de responder sin mirarme:

—En la cocina hay unas barras de granola. Deberías comer algo, tienes mucho tiempo con

el estómago vacío.

—¿Qué hora es? —dije cayendo en cuenta en ese momento, que mi bolsa había desaparecido desde el momento que me secuestraron y que no podía ver la hora en mi móvil.

—Es la una de la tarde.

—¿Qué? ¿Cuántas horas dormí?

—Alrededor de doce —replicó sin apartar su atención de los monitores.

De pronto me sentí como un estorbo, así que decidí guardar silencio hasta que terminara.

Me levanté de la cama para ir al sanitario descubriendo que Jack había puesto un segundo cepillo de dientes, nuevo, y otros productos femeninos de higiene que probablemente consiguió cuando robó a Andrew.

Salí a los pocos minutos a buscar algo de comer, tomé lo que me sugirió y me dispuse a curiosear los estantes de sus libros.

Había muchos tomos técnicos sobre ingeniería, computación y artes bélicas, pero concentré mi atención en una sección de novelas detectivescas, thrillers y crímenes, descubriendo que tenía gustos similares a los míos.

Entonces tomé su copia de *Te Dejé Ir* de la escritora Clare Mackintosh, que casualmente era la novela que estaba leyendo en esos días, y en poco segundos retomé la lectura donde recordaba que la había dejado.

Se me hizo imposible concentrarme, acostada en un futón, leí y releí los mismos párrafos una y otra vez. Mi cabeza iba a explotar de tantas preguntas que necesitaba hacer, pero sabía que debía tener paciencia, aunque estaba desesperada por hablar con él. No solo quería saber sobre lo ocurrido el día anterior, sino también sobre su vida, quería conocerlo un poco, estaba realmente intrigada.

Pasaron un par de horas hasta que Jack se levantó y utilizó unos *pendrives* para guardar información. Al terminar, contuve la respiración durante unos segundos al ver que se giraba, sentí un vacío en el estómago y mi corazón empezó a palpar a gran velocidad. Había llegado el momento de hablar.

Pero sentí como el alma se me cayó al suelo cuando vi la expresión de su rostro. Se me hizo evidente que él no quería hablar, quería irse, quería deshacerse de mí.

—Vas a romper tu promesa, ¿verdad? No me explicarás nada —afirmé.

—¿Qué? —replicó confundido—. ¡Claro que te explicaré todo!

Sentí como el aire se escapó de mis pulmones por el alivio.

—Es que tienes una cara...

—¿Qué cara tengo?

—Cómo si no quisieras explicarme nada —dije.

—No es que no quiera, es que... Hay cosas que no deberías saber, y otras que... no son

fáciles de admitir. Pero te hice una promesa y pretendo cumplirla.

—¿Qué cosas no debería saber? Comienza por lo más difícil, es decir, explícame por qué hay cosas que no debería saber.

—Deberíamos comer primero —dijo más como una orden que como una sugerencia.

—¿Estás evadiendo responder?

—Sí —admitió con una sonrisa, y yo pensé que me iba a derretir. ¿Cómo alguien podía ser tan hermoso?

—¿Hablamos comiendo? —pregunté dirigiéndome a la cama.

Jack me siguió con la intención de ayudarme a mover la cesta hacia la mesa de la cocina, pero yo, posando mi mano sobre la suya lo detuve. Sentí el corrientazo por nuestro contacto, y tragué grueso para disimular lo que sentí.

—La cama se parece más a la arena que otra superficie, se acerca más a lo que tenían planeado para mí —dije saltando sobre el colchón mientras sacaba las cosas, incluyendo una manta que impediría que la comida cayera sobre el edredón.

No sabría decir qué me impulsó a sugerir la cama como nuestro lugar para compartir, simplemente se me ocurrió y me dejé llevar.

Jack se notaba un tanto nervioso, y eso solo aumentó mi excitación. Me sentí como en una aventura y pude percibir cómo la adrenalina recorría mis venas. Entonces dije:

—Ahora... como diría el Sombrero de Alicia en el País de las Maravillas: «Comienza por el comienzo, y cuando termines de hablar... te callas».

Mi acompañante dejó escapar una carcajada que casi hizo que mis bragas desaparecieran, era el sonido más sexi y provocativo que hubiera escuchado en toda mi existencia.

Para distraerme me dispuse a explayar la comida y comencé a preparar unos emparedados con las delicias del interior de la cesta, pero cuando quise abrir la champaña, Jack me detuvo.

—No sé si es buena idea que bebamos, pronto debo hacer contacto para hacer la entrega.

—Una sola copa, lo prometo —dije guiñando un ojo.

Jack asintió, abrió la botella, y sirvió una copa para cada uno.

—¿Qué debes entregar? —pregunté para facilitar el inicio de sus explicaciones suponiendo que esa era la parte que no debía saber, y creyendo que lo que no se le hacía fácil admitir fue la razón por la que pensaron que secuestrándome llegarían a él.

—Tienes que comprender que lo que te voy a decir es información clasificada, y que estoy cometiendo un acto de traición al compartirla contigo —replicó.

—Créeme, nadie me creerá lo que pasó, además me considero una persona discreta.

—Lo eres, me he dado cuenta.

Entonces me sonrojé, hasta hacía dos días pensaba que le era totalmente indiferente al espía/ninja.

—Supongo que estás al tanto de las criptomonedas.

—No vivo bajo una roca —dije sonriendo.

—Hoy en día es utilizada para el lavado de dinero, en grandes, grandes cantidades.

—Tiene sentido, por su anonimidad, ¿correcto?

Él sonrió antes de decir:

—Correcto. Es imposible de rastrear.

—¿Y eso es lo que necesitabas terminar? ¿Una manera de rastrear a los usuarios anónimos?

—Sí —replicó con otra sonrisa.

—¿Y eso es legal?

—Las criptomonedas habitan en un terreno oscuro hasta los momentos, pero no, en teoría no es legal; y en estos momentos, no solo conseguí la manera de rastrear el dinero, sino también congelarlo y adjudicarlo a otros usuarios.

—Y por eso los mexicanos lo querían —repliqué de manera pensativa—. Para protegerse y robar a otros.

—Captaste su acento.

No lo dijo a manera de pregunta. Yo asentí.

—Si tú descifraste una manera de lograrlo, otros también podrían hacerlo —señalé.

—Nadie está ni siquiera cerca de lograrlo. Su plan era robar mis códigos y matarme.

Yo me ericé, no imaginaba un mundo sin él. Sí, era una bobada pensar así, pero no hacía falta ser muy inteligente para percatarse de que Jack era demasiado especial para su propio bien.

—¿Cómo supieron que tú estaba trabajando en esto? —pregunté.

Mi acompañante guardó silencio.

—¿Otra de las cosas que no debería saber? —supuse.

Él exhaló aire de sus pulmones antes de responder:

—La única explicación es que hay un topo en la agencia.

—¡Oh! ¿Cómo sabes que a quien debes contactar ahora no es el culpable?

—Miller es mi mejor amigo. Fuimos compañeros por muchos años, no hay nadie en quien confíe más —explicó.

—¿Fueron?

—Estuvimos juntos en la armada, y luego fuimos reclutados por la CIA, solo que yo... bueno, tengo problemas con las jerarquías y las órdenes, soy algo así como un rebelde de alma libre. Ahora soy contratado de manera independiente; y solo trabajo para el gobierno, pero soy mi propio jefe.

¿Aquel hombre acababa de usar el término que yo utilizaba para describirme? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Había conseguido a la persona indicada para mí y no había posibilidades de una relación entre nosotros?

—Puedo entenderlo —repliqué sonrojada.

—Ahora es tu turno —me dijo cambiando el tema—. ¿Qué quisiste decir con que hubieras cancelado tu cita de hoy si no te hubieras distraído con mis habilidades de ninja?

—¡Ah, no! Todavía no has terminado tus explicaciones, ¿por qué pensaron que secuestrándome llegarían a ti?

Jack sonrió antes de responder:

—Cuando me des esa respuesta, te contaré el resto.

—¡Ah! ¿Además de ninja también eres chantajista?

Ambos nos reímos con ganas. Comprendí que, si mis sospechas eran ciertas, saber los motivos por los que me distraje le harían comprender que yo también gravitaba hacia él.

—Bueno... —comencé a decir—. Andrew tiene meses queriendo salir conmigo, pero siempre le doy excusas porque no me atrae y no veo un futuro juntos. Cuando me invitó a salir mi intención inicial fue negarme de nuevo, luego pensé que quizás debía aceptar para hacerle ver que no había química entre nosotros, pero entonces, cuando noté su entusiasmo por los planes, supe que debía negarme y decírselo en vez de hacernos perder el tiempo a ambos. Pero entonces apareciste, y yo... bueno, yo perdía mi capacidad de pensar cuando te tenía cerca.

—¿Hablas en serio? —preguntó sorprendido—. ¿Pierdes la capacidad de pensar por mí?

—Bueno, ahora es distinto, pero sí, es decir... —balbuceé abochornada sintiéndome como una tonta—. No te hagas el inocente, eres una persona muy atractiva, y a mí... es decir, a mí me gusta descifrar a las personas, y tú eres indescifrable, entonces, bueno, no solo despertabas mi curiosidad, si no que...

—Entiendo —dijo curvando la comisura de su boca, y de pronto me sentí demasiado vulnerable, me convencí de que había hablado de más.

—Escuché a mis secuestradores diciendo que gravitabas hacia mí —escupí para desviar su atención.

—Es cierto. Lo lamento. Fui descuidado. Lo siento de verdad.

—¿A qué te refieres con qué fuiste descuidado?

Jack se mantuvo callado unos segundos antes de responder:

—Soy una persona solitaria, no solo porque mi intranquilidad no me permite estar en un solo lugar, sino porque no quiero que utilicen a personas en mi contra. Pero no podía mantenerme alejado de ti, obviamente se percataron de eso, me vieron muchas veces en los mismos lugares que tú, no pude evitar conseguir la manera de verte, necesitaba saber más de ti fuera de tu lugar de trabajo. Sabía que no debía hacer contacto, establecer una relación, pero... En fin, expuse mi interés aunque esa no fuera mi intención. Lo lamento tanto, puse en riesgo tu vida y yo... de verdad lo siento.

Se me hizo evidente que realmente estaba avergonzado, y en vez de enfurecerme, me

conmovió. ¡Qué difícil debía ser para él sentirse atraído por alguien y luchar contra eso! Sobre todo cuando yo también estaba interesada, si me hubiera invitado a salir hubiera aceptado de inmediato.

—No soy bueno en esto —agregó cerrando sus ojos al pellizcar el puente de su nariz con sus pulgares.

No me gustó verlo así, acongojado, incómodo, avergonzado... ¿Cuál había sido su pecado? ¿Que le gustara una chica? Obviamente jamás hubiera deseado que me pasara lo que me pasó, pero me rescató sin dudar, se tomó su tiempo para planificar mi rescate y saliera ilesa de la situación, se cuidó de no matar a nadie para que no hubiera retribuciones en mi contra, me llevó consigo para mantenerme a salvo, llevó las cosas del picnic que pensaba que quería y que perdería, me dio todas las explicaciones que le pedí, me confesó su atracción, ¿era justo que se sintiera mal por los actos de terceros? ¿Por tener una debilidad? ¿Yo?

Quise hacerlo sentir a gusto conmigo, quise que supiera que no lo culpaba y que quería tomar cartas en el pequeño asunto ese de la atracción mutua.

Así que lentamente, utilizando el largo de mi brazo y mano, barrí la manta y la comida que se interponía entre nosotros para amontonarlas a un lado de la amplia cama.

Jack levantó su rostro y siguió con la mirada cada uno de mis movimientos, expectante, nervioso y fascinado. Utilicé mis piernas para pasarlas sobre las suyas dejando un pequeño espacio entre nosotros porque no solo quería besarlo, necesitaba tocarlo.

No era de las chicas que tomaban la iniciativa, pero esta vez sabía que me correspondía hacerlo, sin dudarle acerqué mis labios a los suyos y una explosión de sensaciones nos dominó. Ambos lo queríamos, ambos lo soñamos, y ambos lo estábamos consiguiendo.

Profundicé mis besos acariciando con mis dedos sus cortos cabellos para atraerlo hacia mí sintiendo la suavidad de su cuero cabelludo.

Una de mis manos hizo un recorrido de su cabeza a su hombro, de ahí a su pecho, luego a su estómago, marcado por sus impresionantes músculos, hasta llegar a su entrepierna. Era grande, y estaba muy duro, listo para mí. Gemí complacida, me excitó saber que estaba así por mí.

Jack llevó sus dedos a mi cintura, y lentamente me fue quitando el chándal, luego la camisa dejándome completamente desnuda.

Entonces me dio la oportunidad de hacer lo mismo con él. Así que lo despojé de sus ropas y suspiré al ver la perfección de su cuerpo, no existía ninguna parte que no estuviera marcada por sus inmensos músculos.

Entonces me empujó suavemente apoyando mi espalda sobre el suave colchón, y abrió mis piernas posando la parte de atrás de mis rodillas sobre sus hombros para enterrar su boca entre mis pliegues. Devoró mi botón como si fuera una fruta dulce y madura, y grité una y otra vez mientras sentía como un orgasmo detrás de otro me hizo creer que iba a estallar en mil pedazos

por el exceso de placer.

Necesité saborearlo a él, así que levanté su cabeza para empujarlo de la misma manera sutil cómo lo hizo él conmigo, lo puse sobre su espalda e intenté meterlo por completo dentro de mi boca. No pude, era demasiado grande, pero eso no evitó que hiciera lo imposible para disfrutarlo lo más posible. Gruñó y se desesperó hasta que me levantó con sus fuertes brazos para acostarme.

—¡Demonios! —masculló—. No tengo preservativos.

Solté una carcajada divertida. Me sentí halagada de que fuera la primera persona en su guarida, y lo besé con gestos tranquilizadores.

—Podemos tocarnos todo lo que queramos —susurré mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Y eso hicimos, su semilla cubrió mi mano, y mis jugos cubrieron la suya cuando acabamos juntos. Luego nos fuimos juntos a la ducha, nos limpiamos uno al otro entre besos, caricias y risas.

Estábamos extasiados, maravillados de habernos encontrado. No sabíamos que nos depararía la vida, éramos dos almas solitarias que habían encontrado la horma de su zapato y queríamos disfrutarlo lo máximo posible.

Prácticamente desnudos, él con sus sexis calzoncillos y yo con su remera, nos sentamos en la cama para seguir comiendo y conversar.

Aunque no había iluminación natural en el búnker, para mí fue evidente que ya era de noche. La mejor noche de mi vida. ¿Quién diría que ocurriría un Día de San Valentín? ¿Quién diría que una de las fechas que más rehuí durante tantos años se convertiría en la que me regalaría los mejores recuerdos?

No pude parar de sonreír, además de nuestros cuerpos, desnudamos nuestras almas, nos contamos nuestras vidas, nos encerramos en una burbuja hasta que supimos que debíamos romperla.

—Tengo que salir a llamar a Miller y hacer la entrega. No tardaré mucho, él está en las cercanías —anunció vistiéndose.

—No pretenderás dejarme aquí sola, ¿verdad? —pregunté levantándome para vestirme también.

—No es seguro todavía, no podría soportar que te pase algo que no pueda revertir.

—Me dijiste que Miller era la persona que más confiabas en el mundo, nada me pasará. Me gustaría ser testigo del desenlace de esta saga.

—Preferiría que te quedes aquí —insistió.

—¡Ey! Creo haber demostrado que me sé defender. Me capturaron porque tenía la guardia baja, porque jamás imaginé que estaría en peligro en Carmel. Pero ahora estoy alerta y lista para lo que sea. Creo que me volvería loca si me quedo aquí sola.

Noté la duda en sus ojos, supe que no me negaría nada, que no quería decirme que no, así que decidí lanzar la estocada final:

—Sabes que puedo cubrir tus espaldas, no me dejes aquí muriéndome de la preocupación. No soy una chica indefensa.

Jack asintió con renuencia, pero aceptó mi compañía, así que vestida con su chándal, remera, y mis zapatos de trabajo, que afortunadamente eran cómodos porque trabajaba de pie, subimos hacia la escotilla donde suspiré al sentir la fría brisa de la noche.

Parte 4

Jack y yo comenzamos una caminata hacia la dirección del aeropuerto, y durante el recorrido, él apretó unos botones en un aparato que parecía una combinación entre un celular y un radio. Supuse que era un teléfono satelital.

Nos detuvimos en una zona boscosa antes de llegar al aeródromo, donde esperamos en silencio.

Tal y como pasó dos días antes, aquella incomodidad del domingo, la que me hizo sentir que algo estaba mal, regresó. No podía identificar que era y prefería callármelo, aunque pude sentir que Jack estaba con todos sus sentidos alertas. Parecía que sentía lo mismo que yo, y que no quería expresarlo para no preocuparme.

—Cualquier cosa, corre lo más rápido que puedas. En zigzag, como ayer, y cierra la escotilla tras de ti —dijo de pronto sobresaltándome.

—No me iré sin ti —negué con firmeza.

—Tienes que hacerlo, me sé cuidar solo. Mucho mejor si no tengo que preocuparme por ti.

Entendí que tenía razón, pero eso no lo hacía más aceptable.

Ambos tensamos la espalda cuando una figura comenzó a acercarse a nuestra dirección.

—¡Psst! ¡Johnson! —llamó una voz.

Jack salió de las penumbras, y me indicó con una mano que me quedara bajo las sombras.

—Miller —saludó.

Los hombres se abrazaron, pero yo me sentí aterrada. ¿Por qué me sentía así? Era su mejor amigo, alguien en quien confiaba, pero a pesar de eso sospechaba que el topo de la agencia estaba al tanto de ese encuentro.

Los sonidos de la noche me tenían los nervios de punta, el crujido de hojas y ramas de árboles, probablemente ocasionado por animales, me daba muy mala espina.

—¿Todo listo? —preguntó Miller.

—Sí, terminado y listo para su uso. Que la agencia lo pruebe antes de involucrar al Departamento del Tesoro —replicó Jack.

—¿Y la chica?

—A salvo.

—¿Dónde? —insistió Miller.

Jack se distrajo por el sonido de unos pasos cercanos.

Entonces vi todo en cámara lenta, lo que mi padre llamaba mi sentido arácnido no eran más que mis rápidos reflejos y una buena visión que descifró las verdaderas intenciones de Miller,

quien con disimulo comenzó a sacar un arma en dirección a su amigo.

Aproveché su desconocimiento sobre mi presencia para salir corriendo en dirección a ellos, barrerme en el piso, y con mis pies golpear los tobillos del «amigo de Jack» y tumbarlo al suelo.

El arma de Miller soltó un disparo mientras caía y con ágiles movimientos lo desarmé y apunté a su cabeza.

De pronto se desató el infierno, como si fueran miles de insectos asesinos, miles de balas comenzaron a volar por los aires.

Jack le dio una patada al rostro de Miller para dejarlo inconsciente, luego tomó mi mano y comenzó a correr hacia al bosque.

En la protección de las sombras, mi acompañante tomó los pendrives que debía entregar y los partió en pedazos de manera irrecuperable. Luego me susurró:

—Corre, Isabel. Yo me ocupo de ellos.

—No te dejaré solo —me negué.

—Por favor, no seré igual de efectivo si tengo que preocuparme por ti.

Quise decirle que era un cabrón arrogante si pensaba que debía preocuparse por mí, pero entendí su punto ya que yo estaba aterrada por él. Así que le hice creer que obedecía cuando en realidad busqué la mejor posición en el bosque para dejar fuera de combate a quien se atravesara en mi camino.

Con agilidad me subí a un árbol en las cercanías para cazar a mi próxima presa, estaba temblando y muy asustada, pero sacudí mi cabeza para desprenderme de mis miedos y me concentré. Podía escuchar los sonidos de personas corriendo de un lado a otro, más disparos y gritos. Agudicé mi oído para identificar si alguno de ellos era de Jack.

Un hombre pasó bajo la rama donde me encontraba y salté para caer sobre sus hombros, para luego girar mis piernas alrededor de su cuello por lo que ambos caímos al suelo con fuerza. Sentí el crujido de su cráneo partiéndose cuando su cabeza cayó sobre una piedra. Había muerto.

—Mierda. Adiós a mi vida normal.

No tenía idea de quién era el cadáver a mi lado, pero si era alguien importante, pedirían mi cabeza en retribución.

Era demasiado tarde para correr hacia el escondite, así que decidí que debía seguir ayudando a Jack.

Me moví sigilosamente hasta encontrarme con otro atacante, al cual sorprendí al llegarle por sus espaldas haciéndole una llave que lo dejó inconsciente. No fue nada fácil, porque era más grande que yo, pero contaba con habilidades que él desconocía, las jugué a mi favor y salí victoriosa.

Pero no me percaté que otro escuchó el forcejeo y entonces fui yo la sorprendida. El extraño me agarró por la espalda, aunque pude liberarme de su agarre para encararlo, estaba cubierto de

sangre, herido; quizás por el fuego cruzado, tal vez por Jack.

Entonces el hombre extrajo un cuchillo de su cinturón y sonriendo malévolamente se lanzó sobre mí. Era grande, tanto el cuchillo como él, pero yo era rápida a pesar de mi cansancio. Con un giro aquí y otro allá, lo desorienté hasta que logré tener una posición para desarmarlo. No contaba con que era demasiado fuerte y el braceo fue difícil, tuve que alejarme varias veces perdiendo ventaja, hasta que finalmente cometió un error que acabó con su vida cuando el cuchillo quedó enterrado en su pecho.

Con la respiración acelerada, y el agotamiento dominando mi cuerpo, comprendí que había sido herida. Tenía un par de cuchillazos, uno en un brazo y otro en la pierna, pero sabía que no podía bajar la guardia.

Una vez más agudicé mi oído, y el silencio de la noche, junto a los sonidos naturales del bosque, me hicieron preocuparme.

A duras penas, y cojeando, me dirigí a la escotilla. Entré en pánico cuando la encontré abierta y comencé a temblar de pies a cabeza.

—¡Isabel! ¡Isabel! —gritaba Jack desesperado en el interior de su escondite.

—¡Aquí! —grité desde las afueras.

Él se apresuró a subir los escalones maldiciendo.

—¿Qué demonios haces afuera? —preguntó al verme. Su tono cambió de inmediato al ver mi sangre—. ¿Estás herida?

—No es nada —aseguré.

—Vamos, no estamos seguros aquí —dijo cerrando la escotilla para taparla de nuevo con los arbustos. Entonces preguntó—. ¿Puedes caminar?

—Con dificultad, pero sí —balbuceé.

Jack se agachó frente a mí para revisar las heridas, rompió su camisa para hacerme un par de torniquetes, y sin consultarme, me cargó como un saco de patatas al subirme a su hombro.

—¡Ey! —protesté.

—Créeme, es mejor así.

Estaba demasiado agotada para ofrecer resistencia, de todas maneras no tuve otra opción, perdí el conocimiento por la pérdida de sangre.

Parte 5

Abrí los ojos un tanto grogui, y me sentí tensa e incómoda a pesar de estar sobre un suave colchón y bajo unas delicadas sábanas.

Recorrí los alrededores con la mirada para descubrir que me encontraba en otro búnker, igual de moderno y elegante que el primero que conocí, pero con una distribución y decoración distinta. Debía ser de Jack, sin embargo, no quise asumir nada.

—¿Jack? —pregunté con voz carrasposa.

—¡Despertaste! —exclamó aliviado acercándose a mí.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el Parque Nacional Valle Cuyahoga.

—¿Ohio?

Jack asintió antes de preguntar:

—¿Cómo te sientes?

—Un poco tensa, pero supongo que debe ser por pasar mucho tiempo acostada. ¿Cuánto tiempo tengo inconsciente?

—Casi una semana.

—¿Qué? —pregunté intrigada, tampoco era como si un poco de pérdida de sangre dejaba a la gente en coma o algo así.

—Lo siento, te mantuve sedada. Tenía que resolver cosas y... no quería que despertaras y estuvieras sola. Además que así sufrirías menos por las heridas —replicó algo avergonzado.

—No soy de nieve, ¿sabes? No me voy a derretir. Una nota hubiera sido suficiente —bromeé comprendiendo sus motivos. La verdad era que andar adolorida y aislada en una cama no era una idea muy atrayente.

—Lo lamento. Dejé cámaras y sensores activos para estar pendiente de ti, hice lo mejor posible.

—No hay nada de que lamentarse —repliqué acariciando su hermoso rostro—. ¿Qué ha pasado?

—Entregué el material a la persona indicada. Me tomó un par de días descifrar quién era la persona más confiable, pero estoy convencido de que está en manos de la persona correcta.

Entonces Jack bajó la mirada, me estaba ocultando algo.

—¿Qué pasa? ¿Qué no me estás diciendo?

—No sé cómo vas a perdonarme.

—¿A qué te refieres? Explícamelo todo, no me hables en clave.

—Los atacantes de Carmel pertenecían al Cartel Cácate, el hijo del capo fue encontrado en el bosque con un cuchillo en el corazón —explicó sin mirarme a la cara.

Ahugué un grito al comprender las implicaciones.

—¿Y ahora tengo que entrar a un programa de testigos o algo así? —pregunté desesperada intentando descifrar su actitud. No quería separarme de su lado, pero comprendía que mis acciones tendrían consecuencias.

—Si eso es lo que quieres...

—¿Qué otra opción tengo? —chillé angustiada, no solo preocupada por mi vida, sino también por la idea de no poder verlo de nuevo.

—Yo podría protegerte hasta que se logre dismantelar el cartel. Ninguna organización criminal puede durar para siempre, sobre todo ahora que son prioridad para el gobierno por atacar en nuestro suelo. Podría ofrecerte seguridad durante ese tiempo aunque sepa que después de lo que te hice pasar no querrás verme más nunca —replicó todavía sin verme.

—¡Basta! No es momento para malentendidos —dije muy molesta a pesar de que no era mi intención demostrarlo—. El mejor día de mi vida lo pasé a tu lado, la mejor noche de mi existencia fue nuestra conversación sobre la cama, excluyendo los balazos y los muertos, por supuesto. Pero si tú me quieres en tu vida, yo te quiero en la mía.

—¿Hablas en serio? —preguntó sorprendido girando su rostro hacia mí.

—¡Claro que hablo en serio! —exclamé sintiendo como mi voz subía varias octavas—. Sinceramente siento que nos encontramos, que somos el uno para el otro. No sé cómo será el día a día, pero me siento como en casa a tu lado.

—Yo siento lo mismo —admitió inclinándose sobre mí para rozar sus labios con los míos.

—¿Entonces viviremos una vida de aventuras juntos? —susurré sobre su boca.

—Excluyendo los balazos y los muertos, por supuesto —replicó con una sonrisa.

Y fue así como AQUELLA NOCHE DE SAN VALENTÍN fue el inicio de una vida repleta de viajes por el mundo, mucho sexo caliente, y la compañía del hombre que me aceptó como era por el resto de mi vida.

FIN.

¿Te gustó?

Primero que nada, quiero agradecerte por leer **AQUELLA NOCHE DE SAN VALENTÍN**. Si te gustó, me encantaría que publiques un comentario sobre ella en Amazon o Goodreads; conocer la opinión de los lectores es una de las principales motivaciones para seguir escribiendo.

También tengo publicadas otras historias, y si me permites sugerirte una, te propongo [AQUELLAS NOCHES DE ROMANCE](#), la antología de relatos que celebra el amor en diferentes festividades anuales donde se publicó inicialmente esta historia.

Aquí te dejo su sinopsis y la primera parte del relato, **AQUELLA NOCHE DE SAN PATRICIO**:

Sinopsis:

Ocho festividades, ocho parejas, ocho historias de amor.

El año está repleto de motivos para celebrar, pero el mejor de todos es el encontrar a esa persona especial con quien compartir el resto de tu vida.

Acompaña a este grupo de protagonistas a encontrar esa razón para festejar las fechas especiales de San Valentín, de San Patricio, del Beso, de los Amantes de Libros, de la Nota de Amor, de Noche de Brujas, de Acción de Gracias, y de Navidad, en esta antología de relatos de romance.

Parte 1 - AQUELLA NOCHE DE SAN PATRICIO

Ese día me encontraba distraída.

A pesar de que podía escuchar al bullicio a mi alrededor, y había ido a Upper Wacker Drive entre Columbus y Fairbanks específicamente para observar cómo teñían de verde el Río Chicago para iniciar las celebraciones de San Patricio, realmente no estaba prestando atención a lo que ocurría a mi alrededor.

Mi socia y mejor amiga, Nova, había regresado de su luna de miel en California, y finalmente podía tomarme un par de días de descanso. Sin embargo, no me sentía con ánimos de «descansar», las anécdotas y aventuras de su viaje me habían dado mucho sobre qué pensar.

Nova había ido a un pequeño pueblo llamado Carmel-by-the-Sea, donde planificó pasar los días haciendo el amor con su nuevo esposo y tomando sol en la playa. Nunca se imaginó que la gerente de una posada local sería secuestrada, y que su desaparición causaría un revuelo en aquella comunidad tranquila. Tampoco que un cartel de México provocaría tiroteos y muertes en los alrededores. Al final, la chica, la gerente en cuestión, nunca fue encontrada.

Algunos dijeron que había muerto, otros, que entró en un programa de protección de testigos lo cual atrajo más especulaciones al preguntarse cómo una chica que se dedicaba a trabajar y leer, pudo estar envuelta en algo así.

Mi mejor amiga llegó muy emocionada relatando lo ocurrido. Le encantaba cotillear, y lo que ocurrió le permitió conversar con los habitantes sobre varias teorías, e incluso, plantear algunas nuevas inventadas por ella misma; desde suponer que la gerente secretamente vendía drogas, hasta asumir que estuvo envuelta románticamente con algún traficante que la quería de vuelta.

Al final todo el asunto me hizo pensar en cómo la vida me estaba pasando por encima; no porque envidiara que mi amiga disfrutara su luna de miel a pesar del peligro cercano que vivió, ni porque quisiera ser secuestrada y asesinada por criminales, sino porque yo también pasaba mi vida entre mi trabajo y mi pasatiempo (ver series y películas) ya que temía enredarme otra vez en una relación tóxica.

No pude dejar de preguntarme qué pasaría si algo similar me ocurriera, es decir, si fuera víctima de un crimen y desapareciera; entonces, ¿qué hice con mi vida?

Por supuesto que fue una proeza escapar de mi relación con Zack, y era la orgullosa dueña (junto a Nova) de uno de los bares más populares de Chicago, pero, ¿a qué precio?

Mis relaciones estaban limitadas al intercambio de bebida/comida por dinero con los clientes, y a evitar cualquier posibilidad de enamorarme de nuevo. Incluso me negaba a aceptar la sugerencia de Nova de expandir el nombre del bar en varios locales por temor a alcanzar algún tipo de notoriedad. Me aterraba que Zack me encontrara.

Tres años atrás me mudé a la Ciudad de los Vientos e invertí todos mis ahorros para asociarme con mi mejor amiga de la universidad, huyendo de mi pasado y esperando no ser encontrada por un hombre que me hizo mucho daño.

Pero entonces, ¿qué? ¿Esa sería mi vida siempre? ¿Vivir sin vivir por culpa de mis miedos?

Me sobresalté al notar que alguien me extendía algo, me tomó un par de segundos identificar que frente a mí había una pizza de pesto cuya pasta verde estaba dispuesta de manera decorativa en forma de tréboles.

Alcé mi mirada para encontrar al dueño de la mano que sostenía la rebanada de mi comida favorita, y encontrarme así con esos familiares ojos azules similares a los míos.

—Patrick —balbuceé.

Sí, lo conocía, y eso calmó mi mente. A pesar de que me negaba a socializar fuera de los confines de mi bar, no era ciega ni indiferente al atractivo de aquel abogado, alto y sonriente que, junto a sus compañeros de trabajo, visitaba frecuentemente mi negocio.

—¿Dónde estabas? —preguntó con aquella voz que provocaba cosquillas en mi estómago. Era profunda y sensual, y estaba segura de que él no estaba consciente de eso.

—¿A... a qué te refieres? Estoy aquí —repliqué confundida.

—Bueno, mi pregunta tiene dos motivos —explicó con aquella sonrisa encantadora—. Primero, tengo varios días que no te veo en el bar, y segundo, parecía que estabas muy lejos de aquí, ¿en qué pensabas?

—Ah —dije tomando una pausa para ordenar mis pensamientos—. Nova regresó, como imagino notaste, así que tomé unos días para descansar.

—No te ves descansada —señaló entrecerrando sus ojos.

No pude evitar preguntarme: «¿Está preocupado por mí?».

Le regalé un intento de sonrisa. ¿Debería sentirme halagada de que percibiera mi estado de ánimo?, ¿cómo le explicaba que mis recuerdos no me dejaban dormir? ¿Que de pronto descubrí que no estaba satisfecha con mi vida? Aunque lo veía regularmente, siempre puse un muro entre nosotros, no tenía la confianza como para desnudarle mi alma. Además, eso sería peligroso, me atraía demasiado, y si conversábamos de cosas personales abriría una puerta que realmente no quería abrir.

—Lo estoy —mentí ensanchando mi sonrisa—. Dentro de poco regreso al trabajo, ¿dónde crees que la gente calmará su sed después de la parada de San Patricio?

Patrick entrecerró más sus ojos dudando la veracidad de mis palabras, supo que estaba mintiendo porque evidentemente me veía agotada con unas sombras negras bajo mis ojos, noté su debate interno decidiendo si presionaba el asunto o cambiaba el tema. Optó por lo segundo.

—¿Me acompañas a comer? —preguntó.

Avergonzada por haberle mentido, acepté la rebanada que llevaba ignorada en el aire unos cuantos minutos, no me había percatado de que no la había tomado y que él mantuvo el brazo extendido todo ese rato. Su voz, su sonrisa y su mirada, tenían el poder de hacer que el resto del mundo desapareciera.

—Gracias —dije alzando la pizza en el aire para tocar la suya en un gesto de brindis.

Tenía hambre y no estaba consciente de ello hasta ese momento, así que agradecida tomé el primer bocado lanzando un gemido de satisfacción.

—Está deliciosa —admití con sinceridad.

Los ojos de Patrick se oscurecieron, al aire entre nosotros se espesó, el deseo comenzó a recorrer mi cuerpo al notar cómo mi acompañante dirigía su mirada penetrante lentamente a mi boca, luego a mis ojos, curvando sutilmente la comisura de su boca.

Supe en ese instante que los dos quisimos tirar la comida y abalanzarnos sobre el otro, lo supe con una certeza indudable.

Una vocecita en mi cabeza me hizo reaccionar: «No sabes cómo es realmente, no lo conoces, no sabes si se parece a Zack».

La misma voz se contradijo inmediatamente: «¿Por qué asumes lo peor? Tienes meses observándolo, se nota que es una buena persona».

«¿En serio?», habló de nuevo mi voz con otro tono. «¿Crees que porque está más bueno que comer con las manos, y sonrío encantadoramente, es una buena persona?»

«No», mi voz interna contradijo de nuevo. «Se ve que es una buena persona por cómo se comporta, es educado y cordial. Sus colegas abogados lo respetan y aprecian. ¿Acaso no has escuchado cómo todos comentan que debería ser Fiscal de Estado? ¿Qué apoyarían su candidatura porque saben que es una persona justa y honesta?».

«¿No crees que una persona con ética laboral puede ser un manipulador controlador en el hogar? ¡No seas ingenua! ¡Huye! ¡Corre ya!».

—¿Nos vemos después en el bar? —escupí rompiendo el hechizo de su mirada al tiempo que me giraba lentamente.

—Hoy salgo de la ciudad por unos días, regreso la semana que viene. El viernes. El sábado habrá una fiesta de despedida en tu bar por mi partida.

—¿Te mudas a otra ciudad? —chillé. Controlé mis facciones lo mejor que pude, la idea de no verlo de nuevo revolvió mi estómago.

—No, renuncié a mi firma. Tengo otros planes en mente.

Me mordí los labios para no preguntarle si el motivo era porque se lanzaría al cargo de Fiscal de Estado. No quería quedar como una entrometida, al fin y al cabo, solo sabía eso porque había escuchado a sus amigos hablar.

—Nos vemos la semana que viene entonces. Gracias por la pizza —dije apresuradamente para marcharme.

Bueno, no. No me marché, la verdad fue que hui. Escapé de él, de lo que me hacía sentir.

Debía ser más cuidadosa en el futuro.

—Willow —me llamó.

Pero yo lo ignoré.

Si quieres comentarme algo o estar al tanto de las publicaciones de mis novelas, puedes seguirme en [mis redes sociales](#).

Un fuerte abrazo, **Ondrea Lion**.

Ondrea Lion®

[Telegram](#) . [Instagram](#) . [Facebook](#)

@ondrealion

[Twitter](#)

@Ondrea_Lion

[ondrealion.blogspot.com](#)